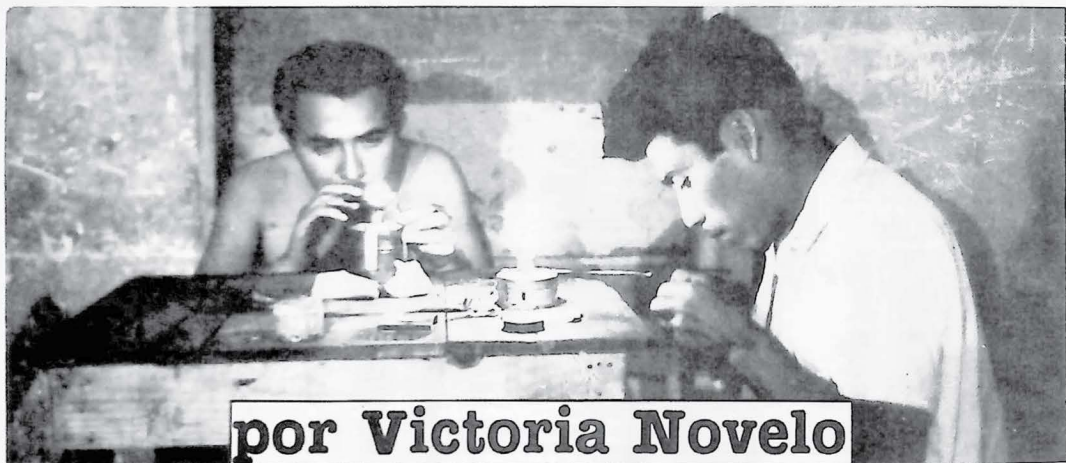


Tradicionalmente, la antropología ha dedicado sus esfuerzos al estudio de las sociedades no capitalistas, concentrándose en sociedades o civilizaciones que estuvieran, tanto en el tiempo como en el espacio, alejadas del contexto del investigador. Tal situación se mantenía con el argumento de que sólo estudiando un medio radicalmente lejano, podía el investigador obtener un alto grado de objetividad. Sabemos, sin embargo, que ésta no era sino una justificación que escondía una realidad: la antropología ha sido, desde sus inicios, un arma utilizada para el sometimiento de los pueblos pre-capitalistas. Es sólo en época reciente que los llamados "países en vías de desarrollo" han comenzado a producir sus propios investigadores sociales a manera de irse compenetrando de su propia realidad y dejar de verse con ojos ajenos (y voraces).

No es de extrañarse que al surgir investigadores que analizan su propia cultura, que se erigen en conservadores y promotores de la misma, vayan surgiendo nuevas perspectivas para la antropología, abandonándose poco a poco los prejuicios iniciales. Es así como aparece en estos últimos años, el interés por estudiar —desde una óptica eminentemente antropológica— sectores sociales antes considerados fuera de su campo. En este artículo, una investigadora egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), plantea una de estas alternativas: el estudio de la vida obrera. De paso, deja señalada la necesidad de replantear —desde una nueva base— el objeto y enfoque de las ciencias sociales en una sociedad dependiente.

LA VIDA OBRERA, UN NUEVO CAMPO PARA LA ETNOLOGIA



por Victoria Novelo

Hace unos tres años, inicié, con un pequeño equipo de trabajo, una investigación sobre la formación de la clase obrera en distintas situaciones industriales mexicanas. El vocablo "formación" implicaba para nosotros el estudio de diferentes aspectos de un proceso en el cual una clase social se define como tal en un momento dado de la historia de un país.

Desde que iniciamos el estudio, los participantes nos hemos visto envueltos en una serie de discusiones de muy variada índole: teóricas, metodológicas,

técnicas, pero creo que sobre todo, prácticas. El abordar un tema de estudio hasta entonces prácticamente ninguneado por mis colegas, desató una serie de reacciones, tanto al interior del equipo de trabajo como por parte de otros profesionistas, al oír las reflexiones que adelantábamos en los distintos foros, casi siempre académicos, donde nos presentábamos. Nos han dicho desde que éramos una vergüenza para la antropología mexicana al abordar temas tan lejanos de su contenido tradicional (además de calificarnos de malos aprendices de economistas o

sociólogos), hasta que los antropólogos somos los únicos preparados técnicamente para percibir los comportamientos de la vida obrera. Entre esos dos polos hemos escuchado una amplia gama de crítica tanto constructiva como destructiva.

Al interior, los interrogantes que se presentaron —y presentan— se refieren no sólo a la importancia real de los estudios de la vida obrera en nuestras condiciones sociales, sino también al papel del investigador social. En suma, por qué, cómo y para qué.

En el porqué entran razones

tanto académicas —no olvidar que trabajamos en esa área para ganar el sueldo— como de indudable base política. Las dos, como se comprenderá, inseparables. Escoger un tema nuevo de estudio dentro de una cierta disciplina científica planteaba en primer lugar, el elemento de novedad, y en segundo, ponderar su significación.

El objeto de estudio, como sujeto, en nuestro país, tiene una edad que podríamos llamar madura. Los obreros mexicanos existen, como fuerza de trabajo numéricamente importante (en número de personas y en orga-



nización) por lo menos desde finales del siglo pasado. Es decir, no se necesita ser experto en cuestiones sociales para saber que los obreros, como fuerza de trabajo y como fuerza política, han estado bastante tiempo en la escena mexicana. Pero, ¿han estado también presentes los estudiosos de la clase obrera? ¿puede hablarse de una situación donde los obreros hayan creado a sus intelectuales? Aquí tuvimos que entrar a evaluar los resultados de los análisis anteriormente emprendidos. La antropología no ocupaba muchas fichas bibliográficas (se descartaron evidentemente los títulos arqueológicos que trataban sobre las "industrias" pues todas eran lícitas).

La llamada antropología mexicana, de Gamio a Stavenhagen, ha estado en su desarrollo ligada a las estructuras de poder dominantes, léase, el aparato del Estado. De este modo, su marco ideológico-político y, por ende, su práctica, siempre institucional, ha sido dictada, demarcada y limitada por las necesidades de la clase dominante y dirigente. Estos requerimientos de bloque, han sido una expresión de las modalidades del proceso de acumulación de capital que, en sus diferentes etapas ha necesitado que el estado actuase con el consenso o por la fuerza, con las clases trabajadoras del país. Los antropólogos, ubicados en los distintos organismos gubernamentales, dedicaron su actividad profesional a tareas ligadas a políticas oficiales cuya base puede encontrarse siempre en los requerimientos de una

estructura económica cambiante, y a la búsqueda de la legitimación del poder. Los esfuerzos, tampoco es novedad recordarlo, han sido dedicados al indigenismo, por la vía del desarrollo de la comunidad, y el integracionismo; a la construcción de la cultura "nacional"; a la planificación agraria; a los cambios de asentamientos humanos; al turismo y, más recientemente, a las políticas de empleo. Muchos resultados antropológicos de la cultura importada del norte, trataban hasta no hace mucho, de las peculiaridades culturales de indígenas o mestizos, casi siempre campesinos, que obstaculizaban la modernización emprendida en el país (léase, el desarrollo de un mercado interno) y se trataba de sugerir modos de aculturarlos, integrarlos, mediatizarlos, en aras de un pretendido bienestar general. Se llegaron a hacer tipologías de lo positivo y lo negativo de aspectos culturales de los indígenas que el gobierno debería considerar en sus planes de modernización. (El mérito es que el descubrimiento de este par de oposiciones se hizo antes de que Lévi-Strauss alcanzara fama internacional).

Dentro del objeto preferencial y tradicional de estudio de la antropología en México —indigenismo, campesinado— no fué sino con el súbito despertar que acarreó tanto la movilización masiva del 68 como los innumerables levantamientos campesinos, que algunos profesionales autodefinidos como comprometidos, empezaron a estudiar ese mismo objeto desde un punto de vista materialista. Se abando-

naron los esquemas de estudios de la comunidad dividida en capítulos estancos que empezaban por los ríos, suelos y precipitación pluvial, pasaban por la economía que merecía la misma jerarquía que las fiestas, los ritos, la vivienda y la vestimenta, para acabar con las dos cuartillas de conclusiones (esquema, por lo demás coherente con las guías de campo que deberían seguirse para llenar los HRAF).

La nueva corriente, sin menospreciar el estudio de la cultura, comenzó a desentrañar las condiciones de la producción agrícola donde los campesinos se insertan como trabajadores, y los elementos ideológicos se tratan de explicar en su relación recíproca con la estructura económica.

Los resultados de estos nuevos análisis, que además, permitieron un acercamiento entre los antropólogos y otros científicos sociales, han sido diversos y algunas veces excluyentes. Sin entrar ahora a discutir los razonamientos que llevaron a distintas interpretaciones, resulta importante hacer notar que ni aún los que sustentan los puntos de vista más radicales sitúan a sus estudiados dentro de una estructura económica en la que, además de trabajadores de la tierra, existen trabajadores de otro tipo. Las referencias a los obreros industriales han quedado como notas al margen: o bien un hermano de *ego* es obrero, o bien un campesino ha sido bracero, o bien un tío que emigró a la ciudad trabaja en la industria. Los obreros, para los antropólogos siguen siendo campesinos, o, en el mejor de los casos, familiares de campesinos.

Las respuestas a esta omisión dentro de los estudios antropológicos en México pueden ser varias. Podrían incluir el tipo de marco analítico en el que nos hemos movido, la pequeña comunidad, que obstaculiza, por no decir impide, una visión totalizadora. Pero también se debe a un erróneo entendimiento de la tradición antropológica; a una incorrecta y estéril reproducción acrítica de las parcelas en que la ciencia burguesa ha dividido a la ciencia social atribuyendo a cada una de ellas "su" monopolio; y al hecho de que la selección de los temas está guiada institucionalmente y la supuesta autonomía relativa o independencia del investigador no es muy corriente. Tampoco debe descartarse que muchos profesionales, por su marco ideológico, prefieren buscar falsos problemas en una posición cómoda, supuestamente higiénica donde no tendrán (aparentemente) que tomar partido.

Para nosotros, el razonamiento se basó en dos criterios: la significación actual de las organizaciones obreras y los resultados de los estudios de la ciencia social en general sobre la clase obrera.

En cuanto a lo primero, nos basamos en una concepción de la sociedad mexicana y de su desarrollo capitalista de donde resaltaba una situación por demás desigual de la industria en México, y por tanto, de las clases sociales que define. Pese a la desigualdad, la estructura económica del país, de los cincuenta para acá, mostraba un crecimiento industrial que final-



mente desbancó en importancia a la agricultura, en términos del eje de acumulación. El proceso industrial mexicano, por sus características heterogéneas, ha venido forjando una clase obrera a su imagen y semejanza que no por desigual deja de ser fundamental en la sociedad. En el crecimiento industrial el papel impulsor del estado había sido determinante, no sólo como creador de infraestructura, administrador y aval o aún como empresario, sino también como regulador del descontento, como organizador de la clase obrera y como su "defensor" a la vez que verdugo de ella. En ese proceso de crecimiento industrial heterogéneo, que en otros términos significa que la explotación de la fuerza de trabajo obrera se hace de formas tanto modernas como atrasadas, los obreros, como organización, también han pasado por un proceso de formación de una conciencia que, de acuerdo a la situación objetiva, se expresa sea demandando un elemental contrato de trabajo, sea buscando transformaciones radicales en la economía.

Ante esos hechos, y aquí pasamos al segundo criterio, ¿la ciencia social mexicana ha logrado desentrañar los procesos sociales donde la clase obrera es la protagonista principal, en la ofensiva o en la defensiva?

La bibliografía existente, si bien resuelve asuntos de la estructura económica, de los diversos modos de producción, de las tendencias generales del capitalismo mexicano, de la macrohistoria de las organizaciones sindicales, de huelgas que alcanzaron notoriedad, de

biografías de líderes sindicales, tienen, finalmente, una escasa relación con el objeto de estudio que rara vez se convierte en sujeto cotidiano. Los obreros son así, el "factor trabajo", son grandes agregados de números, son también presa de la manipulación y del control. Poco hay sobre conflictos laborales concretos, sobre el proceso de trabajo al que se integran, sobre los procesos de proletarianización, sobre las relaciones sindicatos-partidos, sobre las condiciones de salud, y menos aún sobre las prácticas cotidianas de vida sindical y de trabajo, sobre la conciencia real y sobre las concepciones del mundo.

Los resultados de tales investigaciones han creado varias imágenes—estereotipos— sobre la clase obrera, que empañan el conocimiento real. Por ejemplo, la imagen del sindicalismo monolítico e institucional; la imagen de la posición incorrecta de los sindicatos que "sólo" pelean ventajas económicas; la imagen que confunde sindicato con liderazgo sindical; la imagen que magnifica a un proletariado heroico en sí; la imagen opuesta, del proletariado flojo e inconsciente.

Metodológicamente nuestra ubicación en el proceso de aproximación al fenómeno proletario, trata de dilucidar, partiendo de la situación estructural genética, las formas en que los diferentes sectores obreros se enfrentan a un proceso de trabajo y a una vida sindical particulares. Este enfoque se centra en la observación directa del funcionamiento de la vida de traba-

jo tratando de determinar cuáles son los márgenes reales en que se dan la conciencia y la acción obreras. Lo particular no pretende ser singular; pretende dar cuenta de un proceso general, tal y como se expresa en situaciones específicas.

En nuestra perspectiva no se trata de sustituir unas imágenes con otras. Es un esfuerzo por el conocimiento de lo oculto, por descubrir lo específico de una clase social de la que conocemos muestras tanto de sus facultades transformadoras, como de su pasividad en la puesta en escena de la política nacional. El lado oscuro, por desconocido, de la clase obrera, deberá aclararse a partir del conocimiento real de las situaciones diversas en que se ubican distintas fracciones obreras en cuanto a procesos de trabajo, de vida, de educación, de aspiraciones, de inconformidad, de acción colectiva. Nuestros estudios se dirigen así, a un "levantar acta" (como dijo Gramsci de una situación para concretarla; lo que para nosotros equivale, en primera instancia, a comenzar a hacer la "etnografía" de la vida obrera contada por ella misma).

El para qué, es decir, la relación que se entabla entre los investigadores sociales y los estudios que realiza en cuanto a quien va a ser el consumidor, tiene una respuesta ineludiblemente política. No creo descubrir el hilo negro si digo que la selección de temas no es nunca casual ni accidental. Añadiré que el conocimiento, como proceso, se desarrolla estrechamente vinculado a los procesos sociales que intenta explicitar, sea para mantenerlos o para trans-

formarlos. En otras palabras, la ubicación de los investigadores debe buscarse en los marcos ideológicos dominantes donde practican su profesión. Básicamente, encontramos dos posiciones: la de los intelectuales cuyos análisis se enmarcan en objetivos precisos de legitimación del poder y, por tanto, de la previsión de hechos que puedan dar al traste con los proyectos de los dirigentes; y la de intelectuales que, situándose en la misma sociedad, van a cuestionar, a desenmascarar, a desentrañar lo que la ideología dominante obscurece. Esta posición implica, sobre todo, asumir su papel al lado de la actividad transformadora, para ir encaminando por ahí sus interpretaciones de la realidad social. Es en esta perspectiva donde nos ubicamos ya un número importante de antropólogos en México. Pero, y éste es un *pero* importante, esta posición no existe realmente mientras no haya una presencia que exija este tipo de conocimiento; en nuestro caso, una clase obrera que busque a sus intelectuales.

El análisis, por somero que sea, de acontecimientos recientes, que apuntan a una reorganización obrera, a un sacudimiento del control personificado en los anteojos verde-oscuro, de búsqueda de alternativas, nos habla de que esa presencia existe.

* Conferencia presentada para los alumnos en materia de antropología social de la ENAH, el 12 de febrero de 1980, basada en su libro *La industria en los magueyales: trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún, Nueva Imagen*, México, 1979, en colaboración con Augusto Utrera.